

Para Alfredo Boulton

Arturo Úslar Pietri

París, 4 de junio de 1931

Yo no creía que alrededor de «las lanzas» se hiciese la conspiración del silencio. Todavía no lo creo. Aun cuando han tenido tres semanas para comentar y sólo han hecho alusiones de mera cortesía llenas de adjetivación banal. Todavía espero, espero en Pedro Sotillo, en Paz-Castillo, en Leo. Cuando en un libro, con el tono certero y conmovido con que está hecho en el mío, se ha desnudado el alma toda de un pueblo, los hombres que se creen antenas de esa alma no pueden guardar silencio. De Venezuela, si es que vive, ha de llegarme la respuesta de lo que a Venezuela he dicho.

«Las lanzas coloradas» son un grito de amor doloroso. Amor total y vehemente por aquella tierra de que está hecho mi cuerpo, por aquel mundo que puebla mi espíritu, por aquellas cuitas que desgarran mi corazón. Que yo sepa no se ha hecho en Venezuela nada semejante, ni en la trascendencia de la evocación, ni en la sinceridad del sentimiento, ni en el dolor sin retórica de la descripción de las almas.

Obra de comprensión infinita. Porque amo he comprendido. Porque ansiosamente adoro y sufro he podido ver y decir toda la divina simplicidad. Porque estoy transido de angustia he podido hacer mío todo aquel mundo. Mío para siempre. «Las lanzas coloradas» son mi título de propiedad.

Es menester que esa acción de captación del alma venezolana no quede sin respuesta. Espero las voces de los que me han oído. ¡Vendrán! Vendrán porque ya están latentes en el mensaje mismo; porque ya vibran en la propia emoción de la voz que les habla; vendrán, aun cuando queden silenciosos, porque sus corazones traicionarán la mentira que sus rostros y sus actitudes quieren fingir. Vendrán y será mía la victoria, porque aun cuando ellos, aquellos a quie-

nes directamente me he dirigido, guardarán silencio por la eternidad, guardarán silencio como los muertos, como las tumbas que guardan los muertos, como las tumbas de carne que guardan los espíritus muertos, la palabra está dicha y su resonar ha de conmover las almas vírgenes, las ánimas ardientes, aquellos todos que han de venir un día a dárseme todos para justificarme, para realizarme; aun cuando para realizarme y justificarme yo me basto solo y me siento mejor.

Convenía que un hombre de mi generación volviera los ojos hacia Venezuela y dijera la palabra justa. Yo lo he hecho; y ya no está en mano humana detenerla, ni apagarla, ni siquiera menguarla. Cuando un mensaje corresponde profundamente a una realidad se sale del radio humano, pese a los hombres, para entrar en el de las fuerzas determinantes del proceso histórico.

Eso, por cuanto hace a la recepción que pudieren merecer «Las lanzas coloradas» de cierto grupo. Esa justificación debo a mi libro y la hago ante ti.

Por lo que a mí se refiere nada importa lo que acaezca al libro. «Las lanzas» son un preludio, una forma fugaz, un exordio, una recapitulación previa, a mi acción personal. Una vez escritas, ya mi persona estaba evadida de ellas. Por imposición profunda de mi ser, de mi contextura psico-fisiológica me he impuesto una sola norma de vida: SERVIR! Que mi vida se haga fecunda y valedera para miles de otras vidas menos capacitadas; mi vida comienza a teñirse de un fervor profundo: la necesidad de servicio. La gloriola literaria, la riqueza, la felicidad personal, todo ello me parece desprovisto de verdadero valor, de verdadera grandeza, junto a la satisfacción extraordinaria (acorde del sueño con la realidad lograda y domeñada) de quien pueda sentirse, en el mediar de un buen día, raíz de raza, uvre [sic] de espíritu, honda fuente de un pueblo, hacedor de mil destinos, proa de una mesnada libre dueña legítima de la mañana del mundo.

He aceptado gozosamente un destino trascendental; en la gravedad de mi primera hora he dicho la palabra que lo prepara y lo obliga. Nacida del fervor de la carne dolorosa, cosecha de fervor ha de desatar. Solo, o mejor rodeado ya de los fantasmas, de las sombras de los que han de venir, antes de comenzar camino he servido silenciosamente mi sangre, vino para sombras, mi carne, pan para fantasmas, y he dicho, solemnemente, la oración del ofertorio: Tomad y comed...

Ahora no quiero, no puedo, no debo volver atrás. Dentro de mi corazón, silenciosamente, celebro la gloria de esta primera jornada caminando el camino...

Te abrazo fraternalmente,

ARTURO